

¿ES O NO ES UN NIÑO EL QUE SUFRE EN EL DIVÁN?

Lic. Miguel Gutiérrez-Peláez.
Psicólogo Colombiano

RESUMEN

El presente trabajo explora las diferentes posturas en cuanto al paciente como niño en la obra de Ferenczi y Lacan. El artículo de 1932, “Confusión de lengua entre los adultos y el niño” introduce novedosos elementos para pensar el trauma infantil. Se explora la teoría traumática desarrollada en los escritos más tardíos de Ferenczi y su relación con el Erschütterung y la fragmentación del psiquismo.

Palabras claves: Niño, trauma, Erschütterung, confusión de lenguas, fragmentación.

SUMMARY

The following paper explores the different postures regarding the patient as a child in Ferenczi’s and Lacan’s work. The 1932 article, “Confusion of Tongues between the Adult and the Child”, introduces original elements to understand childhood trauma. The traumatic theory present in Ferenczi’s latest work is explored, as well as it’s relation with the Erschütterung and psiquism fragmentation.

Key words: Child, trauma, Erschütterung, confusion of tongues, fragmentation, translation.

“...nosotros, analistas (...) no llegamos a advertir que los pacientes aunque adultos, han permanecido verdaderamente niños que solamente quieren jugar con las cosas...” *Ferenczi, Diario Clínico*

Granoff (1992) lanza una pregunta aguda que no es poca cosa: ¿Es o no es un niño el que sufre en el diván? Tampoco la dispara en cualquier lugar, sino en el centro del debate de dos nombres de peso: Ferenczi y Lacan. Nos hallamos ante la disimetría, ante el punto coyuntural donde de ninguna manera se pueden suavizar las posiciones. Éstas se encuentran y se hallan de frente desde el principio – cara a cara y desde lugares opuestos; polaridades y no premisas dialectizables: “¿Se trata realmente de un niño en el diván?” (pág. 111). Trastabillan sistemas teóricos y trastabillan clínicas. Granoff completa su labor destructiva, destrucción que apunta a romper velos, a devolver la claridad (y es en ese sentido que no es poca cosa): “¿Es un niño el que se queja? ¿O es un adulto el que se queja? Y ahí es donde el asunto hace daño. Si es un adulto –Freud o Lacan lo dirán–, que vaya a “curarse de la cabeza”, como escoria quejumbrosa en un diván. Pero si es un niño, entonces todo se voltea, e incluso la segunda neurótica está en peligro. ¿Es insostenible la queja de un niño! Mientras que la queja de un adulto es sólo insoportable” (pág. 111).

¿Cómo pensar estas dos posturas frente al sufriente en el diván? ¿Cómo se arriba a estos disímiles lugares? El cuestionamiento lo erigimos en el centro, pero nuestro lente se posa sobre Ferenczi por parecernos más oscuro, menos a la mano. Es sabida la exclusión de Ferenczi en la historia del psicoanálisis, cosa singular si atendemos a que en la producción teórica de su maestro Freud es la obra más citada (Jiménez Avello, 1998, pág. 28). Ambos, lectores latentes y patentes del otro.

Ahora, ¿dónde nos anclamos para dar cuenta de esta divergencia? Erigimos una premisa (temporal y ficcional –en el sentido Nietzscheano– dadora de sentido) en aras a esclarecer los puntos en juego, premisa que atraviesa el intersticio siempre abierto del entre, como una cuerda floja tendida entre dos montes –de polo y polo– entre lo que el sujeto es y lo que presenta como su ser, su silueta de espaldas ante el espejo y su camuflaje, su reconocimiento de sí mismo a las voces del otro y lo que escapa a ese registro. Lo pensamos de la siguiente manera: para Lacan (y acá retomamos la valiosa reflexión de Friedenthal, 2004, 2005) el

sujeto se disfraza de niño en el diván porque encuentra en esa mimesis la única manera de hablar de su problemática actual. Por lo tanto, el analista no opera como arqueólogo rastreando hasta las profundidades originarias las vivencias infantiles creyendo encontrar allí el tesoro de insignias doradas que lee: etiología.

Para Ferenczi, el asunto es más sombrío, da vuelta a la moneda, se asienta en el polo. Consideraría, y acá hablamos por él queriendo que en nuestras palabras sea él quien hable a través de nosotros –nos ofrecemos como médium–, que en ciertos momentos de regresión analítica intensa, el sujeto es un niño yaciendo sobre el diván (y ponemos en acento sobre las implicancias sonoras de este es). Podríamos ir más lejos –es esa siempre una posibilidad (sobre todo de la mano de Ferenczi)– y dar cierto giro al enunciado y sugerir que para el analista húngaro es un niño disfrazado de adulto el que se posa en el diván y el proceder del análisis, como quien remueve las placas corroídas por el óxido de un ornamento antiguo y atareado, va revelando un sujeto (indefenso y desamparado: recordemos el *Hilflosigkeit* freudiano) que ha erigido severas capas a modo de protección.

Sabemos que los pacientes de Ferenczi son particulares, que su clínica es bastante especial y más singular aún son los estratos psíquicos en los que se adentra. Su agudeza clínica le sirve de brújula para guiarlo en fundamentales descubrimientos para todo psiquismo y toda clínica. ¿Qué encuentra Ferenczi en estos pacientes? ¿Qué se le despliega como punto cero del torbellino pantanoso del sufrimiento? Nos hallamos ante la necesidad de desplegar particularidades de su teoría para esclarecer de qué nos habla Ferenczi cuando nos habla de trauma, de *splitting*, de *Erschütterung*, de las ruinas de la subjetividad.

Las últimas contribuciones de Ferenczi (tituladas así en la recopilación que realiza Balint) muestran cambios en su obra tanto a nivel formal como en los intereses que la producen. Existe una unicidad de fondo en los contenidos de los trabajos de esos años y por eso resulta coherente el hecho de que Balint los presentara como un único tomo titulado “Últimas contribuciones sobre perspectivas y métodos del psicoanálisis”. La temática planteada por Ferenczi en “Diario clínico” (1932) y “Reflexiones sobre traumatismo” (1934) presenta ideas en desarrollo alrededor del traumatismo y los mecanismos psíquicos que intervienen, más que teorías acabadas. Presenta el trauma como algo que adviene en el encuentro del adulto y el niño y que afecta directamente la construcción del narcisismo del sujeto.

En “Confusión de lengua entre los adultos y el niño” (1932), Ferenczi se propone ampliar el tema del origen exterior del trauma sobre el carácter y las neurosis y rescatar el papel del factor traumático volviendo sobre algunos conceptos anteriores de las formulaciones freudianas. Diferencia dos corrientes amorosas que están en juego: la tierna y la erótica; el niño, psíquica, afectiva y biológicamente estaría atravesado por la primera y la segunda sería privativa (en el mejor de los casos) de la adultez. Sin embargo, ciertos adultos con predisposiciones psicopatológicas confunden el lenguaje tierno del niño con los deseos sexuales de una persona madura y se dejan llevar por ellos sin reparar en las consecuencias. Lo que antes aparecía como un juego para el niño, tras el acto sexual, se transforma en algo por lo que merece ser castigado. De poderse recuperar de esa agresión, empero, el niño se haya ya dividido, siendo tanto culpable como inocente, destruyéndose los vínculos con sus propios sentimientos, percepciones y sentidos y sumiéndose en un estado confusional. De esta manera, el niño no se defiende, sino que se identifica con el agresor e introyecta aquello que le aparece como amenazador. Así, en la reacción del niño, se anuncia la división de la personalidad. En otros textos, Ferenczi (1929) trabaja la idea de cómo el niño se enfrenta a un gran temor si se le forma prematuramente en sus sensaciones genitales, ya que su deseo va de la mano, no de la pasión violenta del adulto, sino del juego y de manifestaciones afectivas tiernas.

La reacción que produce el trauma es de ruptura con la realidad, generando la autodestrucción de la conciencia. Hay un detenimiento del pensamiento y de las percepciones con el cual se paralizan las funciones psíquicas y no hay registro alguno de esas impresiones, ni siquiera a nivel inconsciente. De este modo, no habrá manera alguna de recordar lo sucedido. El aparato psíquico no alberga ninguna de esas impresiones traumáticas. Genovés (en Jiménez Avello, 1998) sugiere que esto produce una “división de la personalidad” que la ubica pretraumáticamente, negando que algo haya ocurrido y la actitud del adulto que hace de cuenta que nada ha sucedido fuerza al olvido, impide su elaboración e impulsa a la renegación: hay una “autodestrucción de la conciencia y de la cohesión de las formaciones psíquicas en una entidad, parálisis psíquica con la consecuencia de que no queda rastro ni aún en el inconsciente. Hay un desplazamiento del

funcionamiento psíquico que deja por fuera del registro mental al suceso” (Pág. 273). Al no haber registro y, por lo tanto, no haber posibilidades de recuerdo o de advenimiento del material a la consciencia, queda claro que lo que está en juego no es del orden de la represión. En estas teorizaciones ferenczianas vemos claramente los antecedentes a lo que luego Winnicott trabajará como vivenciar y experimentar, es decir, el darle al paciente la posibilidad de experimentar en el diván y de la mano del analista aquello que vivió pero de lo que no pudo hacer experiencia por no hallarse preparado por ello, tanto por sus particularidades psíquicas como por la insuficiencia en lo proveído por el medio.

Es posible ver cómo esta conmoción de la que nos habla Ferenczi tiene la peculiaridad de advenir siempre sin preparación de quien la padece. Tras haber estado el niño inicialmente habitado por un sentimiento de seguridad, pasa a perder la confianza en sí mismo y en el mundo, parcial o totalmente. El desagrado que produce esta conmoción psíquica se hace imposible de superar; es decir, no puede operar una defensa que intervenga sobre el mundo circundante (aloplásticamente) y aparte la causa del sufrimiento, como tampoco es posible producir una representación acorde con ese padecimiento que permita alguna elaboración o tramitamiento. El traumatismo produce inmediatamente un desborde de angustia que se presenta como un sentimiento de incapacidad que impide reaccionar favorablemente a la situación, sea huyendo o eliminando el peligro exterior. Como consecuencia, “el desagrado crece y exige una válvula de escape. Tal posibilidad es ofrecida por la autodestrucción que, en cuanto factor liberador de la angustia, se ha preferido al sufrimiento mudo. Lo más fácil de destruir en nosotros es la conciencia, la cohesión de las formaciones psíquicas en una entidad; así nace la desorientación psíquica” (Ferenczi, 1934, versión electrónica). Ferenczi afirma que una situación traumática, que sucede inesperadamente, puede producir un cierto efecto anestésico, el cual entiende como la detención total o parcial de la actividad psíquica y la producción de un estado de pasividad que carece de cualquier tipo de resistencia. Hay una detención del movimiento, de la percepción y del pensamiento. Esa pérdida de la percepción lleva a que la personalidad pierda toda protección.

Ferenczi (1932) expone que hay una confusión de lenguas en el sentido en que las emociones tiernas del niño son leídas como pasionales por el adulto, quien reacciona a partir de sus propias disposiciones sexuales, que difieren absolutamente de aquellas a las que tiene acceso y posibilidad el niño por su condición de infante. El niño, presa del temor, se somete “automáticamente a la voluntad del agresor, a adivinar su menor deseo, a obedecer olvidándose totalmente de sí e identificándose por completo con el agresor” (Pág. 145). Esto genera una clara ruptura en el psiquismo del niño, quien pasa a ser a la vez agresor y agredido, sintiendo una culpa y un dolor inconciliables. Ha operado una fragmentación psíquica en aras de conservar el funcionamiento del psiquismo. Ferenczi lo explica de la siguiente manera: “Los delitos que el niño comete, como si jugara, son llevados a la realidad por los castigos pasionales que reciben de los adultos curiosos, encolerizados, lo que supone para un niño hasta entonces no culpable, todas las consecuencias de la depresión. Un examen detallado de los procesos del trance analítico, nos enseña que no existe choque ni temor sin un anuncio de la división de la personalidad” (Pág. 147). Tal experiencia de abuso tendrá como consecuencia una maduración psíquica prematura del infante.

En una entrada del “Diario clínico” titulada “Fragmentación” (1932), Ferenczi expone las ventajas que trae consigo la fragmentación y que tienen que ver con el abandono del displacer que puede traer consigo la presencia de ciertas coherencias. Por ejemplo, “un niño es golpeado por una agresión imparable, consecuencia: ‘entrega su alma’ con la convicción total de que este abandono de sí mismo (desvanecimiento) significa la muerte. Pero justamente, la relajación total que se establece por el abandono de sí puede crear circunstancias más favorables para poder soportar esa violencia” (Pág.69). La terapia pasaría entonces a ayudarlo al paciente a descubrir que esa parte fragmentada de su personalidad no está muerta y será un trabajo arduo que el sujeto enfermo descubra que vale la pena volver a la vida, que reconozca que está vivo, que comprenda que entregó su integridad para salvarse.

Estos pacientes traumatizados que acuden al consultorio de Ferenczi y que revelan estas cuestiones a través de su habla en el diván, revelan una clara relación con su infantilidad. Ferenczi (1931) expone que “cuanto más libres se hacen, de hecho, los procesos de asociación, más ingenuo (infantil, podría decirse) se vuelve el paciente en la forma de hablar y en sus demás medios de expresión” (pág. 113). En ese mismo escrito “El análisis infantil en el análisis de adultos”, Ferenczi afirma haber encontrado en su clínica relaciones con

lo descrito por analistas de niños y cree que no hay una diferencia tan marcada, en cuanto al padecimiento, entre un niño y un adulto. Para Ferenczi es claro que el punto de fijación de la enfermedad de sus pacientes es un trauma vivido en la temprana infancia. Afirmar que: “Si consideran ustedes que, de acuerdo con nuestra experiencia y con las premisas de las que partimos, la mayor parte de los shocks patógenos se producen en la infancia, no se sorprenderán al ver que el paciente, en el intento de descubrir el origen de su enfermedad, cae repentinamente en un comportamiento infantil o semejante al de un niño” (1931, pág. 115). Es un niño habría que decir y acá nuevamente nos vuelve la afirmación de que es efectivamente un niño el que yace en el diván, es ese el psiquismo que asocia independientemente de su disfraz.

En “Reflexiones sobre el traumatismo” (1934), serie de notas que aparecen publicadas póstumamente, Ferenczi especifica los efectos del traumatismo sobre el psiquismo: “El

«choque» es equivalente a la anulación del sentimiento de sí, de la capacidad de resistir, de actuar y de pensar en defensa del propio Yo. También puede ocurrir que los órganos que mantienen la defensa de Yo abandonen, o al menos reduzcan, sus funciones hasta el extremo. (La palabra «Erschütterung», conmoción psíquica, viene de «Schutt» que es igual a ruinas; engloba la destrucción, la pérdida de la propia forma y la aceptación fácil y sin resistencia de una forma sumisa, «a la manera de un saco de harina»)” (Pág. 153). La persona se abandona a sí misma ante la situación traumática. Hay un arruinamiento de la subjetividad, una destrucción de su propia persona y la entrega total a ese otro que comete la agresión. Se nos dibuja en la mente esos pseudohumanos que los habitantes de los campos de concentración llamaban musulmanes, seres absolutamente enajenados de sí mismos a los que todos evitaban con la mirada, habitando unas tierras tan lejanas que cuando eran asesinados los demás dudaban si debían llamar a eso una muerte (Agamben, 1999). En los pacientes traumatizados de Ferenczi, una parte de su personalidad a pasado a ser un Muselmann y otra un viviente del campo que se niega a ver, que desvía la mirada de eso que no quiere ver y que, empero, siente que aflora, como un llamado de la muerte, lentamente, por todos los poros de su piel.

Es posible observar en ellos tanto una resistencia pasiva contra los ataques que le inflinge el ambiente, como un cierto desdoblamiento de su ser que, por un lado, presenta una parte sufriendo y despedazada y, por el otro, una parte que se ha hecho totalmente insensible pero que todo lo sabe. “Realmente parece como si, bajo el stress de un peligro inminente, se separara una parte del sí-mismo para convertirse en una instancia psíquica autoobservadora y que desea ayudar al sí-mismo y que esto ocurre posiblemente en la temprana – incluso en la más temprana – infancia” (1931, pág. 121). Es al lugar de estos traumas a los que regresa el paciente en las sesiones, con tal intensidad que literalmente lo habita y ‘habla’, en la medida que pueda, desde él. Posterior al trauma, adviene “la creación de una nueva – desplazada– situación de equilibrio” (pág. 122). Hemos sugerido, para estas zonas de equilibrio que funcionan como eslabón en la mente fragmentada por el traumatismo, el nombre de islas de integración yoica, que si bien funcionan produciendo una cierta integración, y funcionan a modo de soporte sustitutivo para el psiquismo, son endebles y deleznable. Con suerte, diría Ferenczi, podrán deshacerse durante el análisis, acentuándose las partes fragmentadas sobre un suelo firme que brinda la experiencia analítica y la presencia del analista, permitiendo por primera vez una experiencia primaria benéfica.

Sin embargo, y a pesar de este recorrido, todavía podemos preguntar: ¿cómo es que habita un niño en nosotros, supuestos adultos? Esta pregunta remite necesariamente a la pregunta por la (a)temporalidad de inconsciente. También para esto se dibuja una respuesta (y se desdibuja el sentido común). Afirmamos que es errado, o por lo menos impreciso, afirmar que el inconsciente es atemporal, ya que si no hay un antes y un después inconsciente, no hay manera de dar cuenta de la inscripción de contenidos (en el inconsciente). Vale más emplear para esa instancia (y el modo en que en ella se agrupan los contenidos) aquello que nos permiten los términos alemanes (utilizados por Heidegger, y también por Freud en su Moisés el hombre, 1938, pág. 14) de Historie y Geschichte, afirmando que es nula una Historie del inconsciente ya que no hay contenidos pasados allí, sino que en él (ello) lo sido es siempre siendo. Esto es lo que le permite al paciente en determinados momentos devenir niño en el diván o poblar su mundo actual con las caras de la infancia. Sabemos, y no sólo porque leemos a Nietzsche, que cuando perdemos la noción del tiempo (que, aunque cotidiana, es una fuerte afirmación) es porque, por unos instantes (¡valga la aporía!) habita el presente en nosotros.

Pero Ferenczi nos transporta aún más allá de los límites que ya de entrada nos parecían sumamente osados, esta vez de la mano de otro excluido: Lamarck. Nos invita a vivenciar, en el marasmo de sentidos desplegados en el acto sexual, la historia de las catástrofes que atraviesan al viviente (y he acá como se juega el siempre siendo): el surgimiento de los continentes, la amenaza de disecación de la célula, la separación del germen del soma y la necesidad de copular que de allí se desprende, la era glacial y su relación con el periodo de latencia, todo ello en relación con el encuentro con ese otro cuerpo en el que entramos de clavado, en los infinitos pliegues de Thalassa (Ferenczi, 1924) plegándose y desplegándose, el corrimiento del prepucio y el ser parido, la identificación con el pene y con el semen, con el otro, en la paz “matricia” que suponía habitaba en el seno de la madre y en un punto demasiado lejano (y enteramente presente) de nuestra historia. Se nos dibuja la imagen de Govinda (Hesse, 1976), en una de esas topografías demasiado necesarias para parecer representaciones, observando el rostro de Siddharta que ya no es el rostro de un hombre, sino el rostro de su historia, la de Govinda y la de Buda y la de todos los hombres: un pez, la muerte, la boca entreabierta (que es a la vez bostezo y escape del alma, ambos entradas al mundo de lo otro, del sueño y del no-ser), el nacimiento, la vejez, el amor, el sacrificio y la entrega, el devenir animal y las fauces de los afectos (como si cada poro fuese un Aleph).

Cada viviente (humano) es un continente de diversas estirpes y etnias, imperios vegetales, ciudades erigidas sobre cuerpos ancestrales. Podemos concluir afirmando que sobre el diván, todo cuerpo es la historia de su cuerpo y la historia de su historia.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Agamben, G. (1999), Lo que queda de Auschwitz: El archivo y el testigo. Homo Sacer III, Pretextos: Madrid.
- Ferenczi, S. (1924), Thalassa: una teoría de la genitalidad, Letra Viva: Argentina. Ferenczi, S. (1929), Principio de relajación y neocatarsis, Tomo IV, EspasaCalpe: Madrid.
- Ferenczi, S. (1931), El análisis infantil en el análisis de adultos, Obras completas, Tomo IV, Espasa-Calpe: Madrid.
- Ferenczi, S. (1932), Confusión de lengua entre los adultos y el niño, Obras completas, Tomo IV, Espasa-Calpe: Madrid.
- Ferenczi, S. (1932), Diario clínico, Conjetural: Argentina.
- Ferenczi, S. (1934), Reflexiones sobre traumatismo, Tomo IV, Espasa-Calpe: Madrid.
- Fernández Couto, R. (2002), Heidegger en la estructura del pensamiento psicoanalítico, editado por: Fundación Centro Psicoanalítico Argentino.
- Freud, S. (1938), Moisés y la religión monoteísta, Obras completas, tomo XXIII, Amorrortu: Argentina.
- Friedenthal, I. (2004), Seminario: Metapsicología II, Maestría en Psicoanálisis, Universidad de Buenos Aires.
- Friedenthal, I. (2005), Seminario: Metapsicología I, Maestría en Psicoanálisis, Universidad de Buenos Aires.
- Granoff, W. (1988), Lacan, Ferenczi y Freud, École lacanienne de psychanalyse: Argentina.
- Hesse, H. (1976), Siddharta, Bruguera: España.
- Jiménez Avello (1998), Para leer a Ferenczi, con colaboración de Genovés, A., Biblioteca nueva: España.

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE